

TERCERA CONFERENCIA

El Político
Don Fernando el Católico,

por

Don Francisco de Paula Ferrer,

Bibliotecario de la Universidad de Zaragoza.

El Político Don Fernando el Católico.

SUMARIO

Introito y exposición de la concepción, contenido y ejecución de la obra. — Carácter filosófico de la misma: historia del alma de un Político Rey. — La Filosofía de la Historia y la posición providencialista: la modernidad de Gracián. — La personalidad de Fernando el Católico en la totalidad de la Historia Universal. — Influencia de las Naciones en el carácter de sus Reyes. — Las cualidades extraordinarias que se acumulan en el Rey: su constante aplicación y su perfecto maridaje con la España de la segunda mitad del siglo XV y principios del XVI. — El «Primario Real constitutivo» de Gracián: la Capacidad: «la guerra con pólvora sorda». — La Corte: la familia de los Reyes: Isabel y Fernando: los ministros. — El duelo del mundo cristiano a la muerte del Rey Fernando. — Españolismo y aragonesismo de esta obra. — Corolario



EXCMO. SR.:

SEÑORES:

Venid, vosotros los primeros, filósofos de todas las escuelas que en la trayectoria de la más Alta Política, sabéis ver la estela de la Providencia del Eterno; venid, para dialogar luego en los nuevos jardines de Academo; venid, políticos y sociólogos, a confortar vuestro deprimido ánimo con los ejemplos de esta época sin parangón en la Historia de la Humanidad—tras de la segunda mitad del siglo xv renovador, ¡oh animador y castizo siglo xvi!—Todo en esta época es elocuente y españolísimo, porque, si de un lado, atesoran nuestros anales y crónicas las heroicas navegaciones y las audaces conquistas que nos dan la posesión de América— ¡no nos bastaron los ocho siglos de los moros!—; del otro, en nuestra Historia interna, que es siempre la más interesante, no basta el imperial boato ni la coaccionadora sugestión de extranjeros de los primeros Austrias, para estrangular la queja en las nobles gargantas, pareja de los pechos nobles, y matar el alma castellana, que vive en el movimiento de las Comunidades; el alma aragonesa, que late y se revuelve airada en las luchas del Justicia, y otros aspectos de su vida jurídica y social, como se irguió invencible y gallardísima en los amores de D. Pedro Cerbuna a la Universidad, según nos hacía revivir poco ha, en sus dos primeras conferencias sobre los orígenes y el fundador de nuestra “Alma Mater” la palabra entusiasta del señor Jiménez Catalán; el alma valenciana y balear, de fraternal sintaxis, en las Germanías de Valencia y movimientos congéneres de Mallorca; todo ese conjunto de cosas, que unos librijos algo insustanciales, allá en nuestros tiernos años, trataron de ha-

cernos antipáticas—sin conseguirlo, es claro,—porque las almas regionales no mueren— ¡pobre España si murieran: recordemos la Guerra de la Independencia!—; despertando únicamente en nosotros, almas cándidas, esos librejos (hechos por lo general sin aquel arte y decoro literario que se debe aun a los niños), el natural deseo de enterarnos un tantico de la génesis de esos estallidos de la indignación popular, que en la justa defensa de sus santos y legítimos derechos es, moralmente irreductible..... Las grandes transformaciones del Renacimiento, cuyas consecuencias aun se han encontrado en su camino los poderosos agentes que han actuado en la Gran Guerra, se cruzaron con estos sentimientos tan vivos en los pueblos peninsulares, y los vencieron o los relegaron a lo íntimo de las conciencias. Pero, ahora, este armonismo—rara paradoja en tiempo de tanta agitación y lucha como este Novecientos nuestro—, este Harmonismo, que hace temblar de emoción a todos los grandes pensadores, artistas y estadistas de hoy, después de tanta diferenciación, después de tanto análisis, mira por fin generosamente las bellas variedades—necesarias en la Sociología de los pueblos, como en la de los individuos—; y si aspira a crear definitivamente unidades superiores, es con una atenta percepción de que no muera nada de aquello que haya de aportar algún valor eficaz y productivo al concierto de la Humanidad, si hoy un poco doliente, no, en verdad, del todo desesperanzada. Y esas fuerzas armónicas, que son la Libertad y la Alianza, engendran los planes constructivos de las federaciones, en todas las manifestaciones de la Vida—que no hay acción autónoma sin reacción armonizante y coordinadora.

Venid, filósofos, políticos y sociólogos, y contemplemos en esta hora serena, que la Universidad de Zaragoza nos brinda, el Don Fernando el Católico de Baltasar Gracián.

* * *

Esta obra no se publicó, como “El Comulgatorio”, a nombre de nuestro escritor, sino, como es sabido, al de su supuesto hermano Lorenzo. Se debió su publicación, como en otros libros del escritor belmontense, a la munificencia del oscense Lastanosa, del cual os hablará el sábado mi buen amigo y compañero D. Ricardo

del Arco. La dedica al Sr. Duque de Nochera (1), al que llama su Maestro, y Mecenas, declarando que debe la concepción de la obra a la conversación con dicho prócer, si bien esta declaración hay que atribuirla de preferencia a la prudente cautela y mucho mundo del escritor, porque hay que considerar que en la época de Gracián, aun no es tan remota, la impresión de las gestas del Rey Católico, y por muchos conductos ha podido el autor enriquecerse de materiales y noticias para la composición de su libro; que, además, ha platicado Gracián con otros hombres notables y varones doctos, acaso más que el Duque; y más que nada, que el Belmontense ha podido documentarse bien, pues él mismo afirma al principio de esta obra haber tenido la fortuna de encontrar no pocas noticias de la mano misma del Rey. Manejó, por tanto, y estudió manuscritos reales, que le serían de gran provecho, no solo en la concepción, sino en la disposición y economía interior de la obra, que nació en la mente de su autor con el cuño del elogio y la Apología. “Opongo vn Rey à todos los passados: propongo vn Rey à todos los venideros. Don Fernando el Católico, aquel Gran Maestro del Arte de Reynar, el Oráculo mayor de la razón de Estado”. En “El Héroe” ya había empezado los elogios al Rey Don Fernando, en el Primor primero, por ejemplo, ponderando cómo supo contener “a los tahures del Palacio, sutiles a brujulear el nuevo Rey”. [Brujulear, sondear, descubrir]. Y aunque al entrar en la ejecución de su plan, dice que no va a consagrar alabanzas a un Rey sólo, si no es simultaneándolas con la crítica de muchos, el temperamento del escritor brota como el fuego por las más estrechas rendijas de un receptáculo, que fué cerrado, pero al fin va abriéndose; y la obra tórnase apologética, por exigencia también del desarrollo y contenido de ella misma, por mano tan fiel a España y a su gran Rey guiada; y hay ocasiones en que la apología se crece y confina en el Ditirambo. Tal sucede cuando discurre acerca de aquel príncipe D. Baltasar Carlos, muerto aquí en Zaragoza, que fué tan celebrado, y cuando habla de Felipe IV, de su primer ministro el de Olivares, y de todos los monarcas de la Casa de Austria (2); pero siempre domina el pensamiento central de la

(1) Que es D. Francisco María Carrafa, Virrey y Capitán General de Aragón y Navarra. Lo cita en «El Discreto» (Tener buen osrepentes) y en la «Agudesa», (disc.º LV.)

(2) En el «Primor XVIII» de «El Héroe» («Emulación de ideas») repite esos elogios, y en otros lugares.

obra, y a todas las alabanzas supera la dedicada al Rey Fernando, a través del estudio de sus dotes y de la comparación constante con cien Reyes. Sinceramente aficionado a la memoria del gran Soberano, entreteje en el contenido del libro algunos aforismos políticos del Monarca—ya examinaremos alguno de los más interesantes—. No en vano Don Fernando es ya un Rey del Renacimiento clásico, y las formas sobrias y elegantes influenciadas de la brisa mediterránea de Grecia y Roma, han entrado en su espíritu privilegiado.

Alternan con su gran arte el autor *las reflexiones filosóficas, que forman la mayor y mejor parte del libro*, con la crítica de una multitud de Reyes y Emperadores, siempre traídos al escenario con oportunidad y maestría, suscitados siempre en aquel exquisito y exacto momento, en que su aparición puede reflejar alguna luz para que la animada efigie del Rey Católico quede bien encajada y dibujada; y en este entramado, tan sabiamente conducido, se apodera cuando menos lo esperamos de nuestra curiosidad más viva y de nuestra admiración más honda con una feliz ocurrencia, de esas en que no tiene rival, y nos hace contar con pena las pocas páginas del libro.

Estudia primeramente los varios modos de fundar monarquías, la juventud y educación de los Príncipes, lo que es más propio en ellos, según las edades de su vida, las enseñanzas del pasado y la compenetración de los Reyes con su pueblo e influencia recíproca de éste en ellos, el desarrollo orgánico de las monarquías, las virtudes y vicios de aquéllos, la época en que ciñen la corona, las advertencias que de los grandes hechos y de las grandes corrientes espirituales se desprenden, la indispensable materia prima de *la Capacidad* de los Príncipes (*lo que llama Gracián, el "Primario Real constitutivo"*), la familia y su influjo, los ministros, la Corte, el grande elogio de la Casa de Austria; y todo esto, salpimentado con toques admirables de españolismo integral y de sanísimo aragonesismo, que hacen del libro un verdadero relicario de Filosofía y Crítica. Deteniéndonos en su ejecución, si hemos de hablar con entera franqueza, como debemos, diremos que nos agradaría más que la pluma de este cultísimo escritor y hombre bueno se detuviera menos en los aplausos a Felipe IV, a Olivares, y aun al Príncipe Baltasar Carlos; pero humanizando discretamente nuestra crítica, debemos hacernos cargo del "*Distingue tempora, et concordabis iura*", sobre que

lo relativo al Príncipe muerto en flor, se atrae todas las incuestionables simpatías que rodean los primeros años de la vida. Aún, otro pequeño reparo pondría nuestra afectuosa sinceridad al notar que se contradice un algo en las apreciaciones de alguna testa coronada. Por ejemplo: es algo desigual, a lo largo de toda la obra, en el Emperador romano Tiberio, en Luis XI de Francia; además, en una misma página escribe que la presencia del Rey “vale por otro ejército”—y que su lugar propio, “su esfera es el dosel, que no la tienda”; pero declaro que estos leves desaciertos de ejecución no perjudican el majestuoso conjunto, ni sustraen un ápice al mérito de la obra que estudiamos.

“El político Don Fernando el Católico” de Gracián es una producción más filosófica que histórica. El mismo autor nos lo hace saber, al poner en la primera plana de ella, que quiere sea “no tanto cuerpo de su historia, quanto alma de su Política”. (El Rey Fernando, comparado con los demás Reyes y Emperadores, juzgándole, por encima de todos como un Rey Artista del gobernar—“gran Maestro del Arte de Reynar”—dice. Este tono, que adopta en los comienzos, lo sostiene Gracián hasta el final. A cada paso encontramos conceptos verdaderamente filosóficos y exactos, que ponen de relieve el elevado espiritualismo que alienta en la obra, como éste que puede servir de ejemplo: Estudia la fundación de Monarquías e imperios, y dice: “No tengo yo por fundador de vna Monarquía, al que la dió cualquier principio imperfecto, sino al que la formó”. (Pág. 405). Que es situar la constitución de los estados en el punto más digno y honroso, y espiritualizar orígenes que algunas veces serían crudos en la realidad. Trata, colocándolo en el rango correspondiente, lo heroico y lo sublime moral de la vida política del Rey, en aquel crítico trance de imponer su prestigio en Castilla y tener a raya a la nobleza, “empresa—observa Gracián—más árdua que las de Alcides”; y todos esos párrafos están impregnados de un noble amor a la verdadera sabiduría, que es parte a tener buen cuidado de distinguir y aquilatar, como buen filósofo, ese valor moral en parangón con el valor material y en sus formas más corrientes. Hace confluír la Filosofía y la Historia: estudia el espíritu de imitación en la psicología de los Reyes, y dictamina, con el buen sentido en que nuestro Gracián es tan rico, que el buen Soberano ha de huir de los extremos en los modelos y lecciones del pasado. Y sentencia: “Aprobarlo todo suele ser ignorancia, reprobarlo todo, malicia”. (Pág. 411). Otros no han querido imitar nada, ni lo malo ni lo

bueno; o se han encaprichado solamente en hacer lo contrario de sus mayores; pero, al fin y a la postre, resulta más fácil que a Claudio siga Nerón que no que Augusto, Trajano o Teodosio tengan inmediatos sucesores de su temple.

Ante los grandes acontecimientos, se agudiza la perspicacia de nuestro filósofo; y así, al aplaudir, por ejemplo, en un pasaje de esta obra, el espíritu cristiano de las Cruzadas (ya diremos en otro lugar de esta conferencia que Gracián trabaja con la totalidad de la Historia Universal), da una gran lección de previsión y Alta Política a Europa, lamentando profundamente que los pueblos cristianos no cesen en sus luchas, permitiendo que la morisma ande a sus anchas en los tres continentes. Se duele amargamente de que esté “bañada en sangre la Christiandad y en rosas la Infidelidad”. Pongamos una apostilla al margen. Asombra considerar la penetración del insigne filósofo aragonés. Variemos lo necesario las razas y los territorios, y aun no ha pasado del todo la utilidad de esta provechosa y leal lección. Ven-gamos, por un momento, a observar nuestra época. La manzana de la discordia de la cuestión balcánica, cuestión que acaso ha quedado peor que estaba antes de la Gran Guerra, y la porfía candente por los mercados orientales, por el ferrocarril directo a Damasco, entroncándose con la rebelión latente en la India y la parte del problema relativa al Cáucaso, Mar Caspio, Afganistán, Persia, etc., debían inquietar a los estadistas europeos, por lo menos tanto y tan constantemente como interesan a los políticos de la Gran Confederación norteamericana, que no duermen, y tienen siempre algún vigilante navío por los mares de Ulises. (La lección prudente de Gracián sigue siendo de trascendencia). El colocarse en un punto de vista tan amplio, como el indicado antes de esta apostilla, no impide jamás a Gracián seguir derecho la línea recta que se trazara; y su designio de mostrar al mundo el alma de una Política, que es el Alma de un Rey representativo, no falla, por más que algún arabesco sea pintado de pasada. El alma de Don Fernando el Católico es para Gracián el espejo eminente de toda una teoría filosófico-política, *que la España de entonces necesitaba realizar, y realizó*. (A lo Schiller, cuando discutía con Goethe: realizó lo ideal). Necesitaba, verdaderamente, Baltasar Gracián elegir el alma, fundamentalmente sagaz y política, de este Rey de Aragón que, por sus merecimientos supremos, pudo serlo y lo fué de todas las Españas.

La Filosofía de la Historia—llevemos la vista lejos de la Anécdota, de la fundación de escuelas de esa ciencia en lo moderno—es una ciencia tan antigua como la cultura del hombre. Ver los hechos o recibir la noticia de los hechos, por tradición o de otra suerte, todo va a parar en fin de cuentas a lo mismo: a filosofar sobre los hechos, a comentarlos, a deducir determinados principios o determinadas enseñanzas para lo futuro—escarmiento o estímulo—. Haced reflexivo, ordenado y sistematizado este vulgar hábito intelectual, y tendréis una disciplina científica, a fe, de notorio provecho, si los hombres se aviniesen a acatar con humildad sus advertencias.

Pero en la interpretación filosófica de la historia del hombre (y las sociedades que forma), está el espíritu del hombre mismo (que muchas más veces quiere que la Historia sea su criada, que *no su maestra*). Y de aquí, las escuelas materialista y espiritualista, en la Filosofía de la Historia. Nosotros, con Gracián, somos espiritualistas, y hallamos lógica la posición de Gracián ante la Historia Universal: *la posición providencialista*.

Comienza a fundamentar esta posición, cimentándola en el mismo hombre, que es el elemento primordial; y afirma, que “las principales destas (sic) heroycas prendas (se refiere a las que adornan a los fundadores de vastos Imperios), son antes favores del celestial destino, que méritos del propio desvelo”. El sentido providencialista es ya evidente en este apotegma; pero, aun el paladar del exigente, puede repugnar el regustillo pagano del vocablo “destino” que emplea en este texto. Queremos otra plasmación de ese pensar providencialista, y efectivamente la hallamos, en la pág. 421, al exponer la doctrina del “Primario Real constitutivo”, donde al aludir a la capacidad y talentos de los buenos Príncipes, escribe lo siguiente: “Nace, no se adquiere el dado óptimo, el don perfecto, que descende del Padre de las ilustraciones [Dios]”. El buen sentido propio del inmortal jesuíta aragonés se confirma una vez más, le hace ver claro, no extrema, no abusa de su ventajosa y segura situación; y saliendo al paso de las objeciones, humaniza el concepto providencial, haciéndolo trascendental, grato y asequible, con arreglo a la más pura doctrina, añadiendo: “Bien, que crece [el dado óptimo, el don perfecto] con la industria, y se perficiona con la experiencia”. Y cuando recuerda cómo el Rey Católico, lo fué “de prendas, y de ocasiones”, esto es, que las circunstancias que le acompañaron

en su reinado antes favorecieron que contrariaron sus felices aptitudes, lleva a nuestro ánimo el convencimiento de que sólo Dios podía promover y suscitar tales coincidencias, sin que esto menoscabe, en poco ni en mucho, la magna labor llevada a cabo por Don Fernando. Este conjunto de ideas, y las que con ellas íntimamente se relacionan, constituyen el nervio ideológico de este libro, y la base de la posición providencialista del autor, porque en verdad, únicamente al Todopoderoso puede deberse tanta gloria y excelsitud.

Más, sólo con esto, no estaría completa la teoría del Providencialismo, según Gracián. Fija la escrutadora mirada en el mundo entero, y en admirable síntesis condensa, después de anteriores observaciones y otros datos complementarios, el proceso biológico de los Estados. “Florece en los principios—dice—el cuidado y el valor, entra después la confianza, síguela la floxedad, y rematan con todo las delicias” [esto es, los placeres y la corrupción de costumbres—reyes deliciosos, llama Gracián, a los que hubieron de regir los destinos de su patria en la Decadencia y se han entregado exclusivamente a los goces materiales]. Detengámonos un instante sobre esta síntesis del filósofo jesuíta; reforcémosla con aquella sentencia suya: “Es la providencia suma autora de los Imperios, que no la ciega vulgar fortuna”. Ni “La Rueda del tiempo” (crisis x de la 3.^a parte de “El Criticón”) ni ningún otro pasaje gracianesco nos autoriza a motejarle de determinista. Y en cuanto a la trascendencia de su doctrina filosófico-política, seamos sinceros, completamente sinceros, *coram Domino*, y completamente originales al explicarnos el origen, desarrollo, apogeo, y decadencia de las naciones, no añaden, en puridad de verdad, una palabra a esta exposición sintética y completísima. El “Nihil novum sub sole” tiene aquí, una vez más, aplicación exacta.

En este lugar del libro resplandece una de las grandes cualidades de nuestro escritor, que consiste en compendiar genialmente, en muy reducido espacio, apartados sucesos y dilatadas edades. Al ejemplificar su precedente pensamiento, en menos de veinte líneas, nos da la historia de Francia desde Clodoveo hasta Luis XIII. Vamos a deleitarnos, transcribiéndola yo y vosotros oyéndola: “Iban sucediendo [así dice el texto en que he trabajado] los esclarecidos Reyes Francos en su florida Monarquía, con empeños de toda virtud, después del Inclito Clodoveo. La fama fresca de Childeberto, solicitava à los Clotarios, y la destos

à Dagoberto; más, poco a poco, fué descaeciendo el valor, hasta amenazar ruina en el delicioso Childerico. [Aquí el adjetivo “delicioso” no está usado en el sentido que le damos generalmente nosotros. Significa: vicioso, disipado, decadente]. Destas cenizas muertas renació en Carlos Martel. Bolvió en sí el valor Gálico en Pipino [Pepino el Breve], y llegó a su mayor pujança en Carlo Magno; pero, ó inestabilidad de las cosas humanas! vióse segunda vez à pique en Carlos, llamado el Simple, y más en Carlos el Inepto.

Aquí se declaró la especial Divina Providencia, por este Cristianísimo Reyno, pues proveyó de Hugon Capeto [Hugo Capeto], que restauró para muchos siglos la Monarquía, continuándose su felicidad en tantos famosos Reyes, vnos santos, otros valerosos, y otros sábios. Emulo de tantas glorias, Luis Dezimotercio, restaurador invicto de las Galias, ha desterrado de toda la Francia la Heregía, y se confiesa, que ha de ahuyentar de todo el mundo la infidelidad: que quien conmenzó persiguiendo los Hereges, debe acabar contrastando los Mahometanos”. Es una portentosa sinopsis que bastaría ella sola para acreditar a un hábil prosador: hé aquí lo que es saber redactar: (le propongo a mi querido amigo Allué esas cláusulas como ejercicio de redacción y composición literaria para sus alumnos).

En la conclusión de la obra, con un calurosísimo ditirambo a la Casa de Austria, adopta también un tono pura y caracterizadamente providencialista; y es de advertir que este providencialismo se anuda ahincada y vigorosamente, en la cúpula que pone el Artista al rematar la construcción de su obra elogiosa, con lo que hoy llamamos universalismo, al desear que el Cielo haga mundial y cosmopolita la Monarquía fundada por Fernando e Isabel. No en vano católico significa universal; y Gracián, escritor de fina percepción moderna, escritor de matices, y también de acordados conjuntos (un siglo XVII que hay momentos que nos da la sensación de un siglo XX; como obra artística—aun descartando su evidente preciosismo en algunos fragmentos), abarca aquilínamente todo lo bueno y digno de interés que ofrecen la vida y los derroteros de un Rey tan excepcional como éste, componiendo este razonado y ardiente Elogio, que algún político acaso, hiciera bien en tener junto a la cabecera de la cama. Y ved la sorprendente modernidad de Baltasar Gracián. Cala tan hondo, que además de ser providencialista, es también *harmonista*: ha pre-

sentido el Harmonismo de la Filosofía moderna: y estatuyendo dos categorías de Imperio, los Fieles y los Infieles (*una clasificación religiosa, que parece arcaica, pero no lo es*), proclama que el resultado final de la vida de los pueblos—y la Vida es la Lucha—es siempre el triunfo de la Harmonía providencial de Dios: verdadera solución católica y universal de los problemas que plantea la Filosofía de la Historia; y a la cual, nosotros los católicos, prestamos nuestra más ferviente adhesión.

* * *

Gracián, por humilde y discreto, lo cual es más hermoso después de tan constantes estudios, se gana *la Clarividencia*. Esa pétrea e inexpugnable posición filosófica, y lo copioso y maravillosamente dirigido y aplicado de su cultura, le ponen en las manos todo el instrumental complejo y multiforme que necesita, porque cree además que todo cuanto haga, está bien empleado en loor del preferido Rey. No abre la Historia Universal por un lado, no por una página, ni siquiera por una época, aunque la abrazase toda. Ha comprendido que las grandes figuras no se ven bien en los espacios pequeños. A veces, en todo un siglo, ni en dos, no se les puede hallar un término de comparación. Tiene Gracián en un alto grado lo que ha llamado un eminente escritor contemporáneo—Eugenio D'Ors—la “sed de totalidad”. Y esta sed, no es solo como una pasión por conocer: esta sed, empero, proviene directamente del sentimiento. Como es hombre de fe, y ésta fertiliza todo cuanto toca, salva siempre dos obstáculos nuestro gran filósofo: no cae jamás en la sequedad del dato escueto y frío, no hace jamás una crítica lóbrega y descarnada: *toda la Historia Universal es para sus obras: a nada ni a nadie de la Historia Universal se siente él ajeno*. Y esto, lo vemos en diferentes lugares de esta obra. Por ejemplo. Va presentando los diversos modos de fundar imperios: Julio César, convirtiendo lo que hasta entonces había sido una Aristocracia en una Monarquía, de carácter imperial; Constantino, levantando con sus huestes “muro fuerte a la Iglesia” [esta es la acertada expresión del autor]; el persa Ismael Sofi, conteniendo al turco con sagacidad y valentía; Mohamet el Otomano [que es Mahomet II], aprovechando los decaimientos y divisiones de los Reyes Cristianos; a cuyo pro-

pósito, deduce la mayor calificación y mérito para el Rey Fernando, en quien—escribe Gracián—“copió el Cielo todas las mejores prendas de todos los Fundadores Monarcas, para componer un Imperio de todo lo mejor de las Monarquías”. (Pág. 407). HA FUNDAMENTADO ESTO, señalando cuánto más difícil es fundar un Imperio como el español sobre las marcadas variedades que lo integran, en contraposición a aquellos en que la uniformidad se deriva naturalmente de la realidad. Y así procede siempre; en cualquier punto de Filosofía de la Historia que examine, siempre tiene a la vista—y *la mirada es de verdad escudriñadora*—LA TOTALIDAD DE LA HISTORIA, así interna como externa: la biografía de los reyes, y de las personas que los rodearon; y la evolución de los pueblos que gobernaron y dirigieron, pero articulada con los demás pueblos, en los cauces del tiempo y del espacio.

* * *

También dedica Gracián una parte de “El Político Don Fernando el Católico” a tratar de la influencia que los pueblos ejercen en el carácter y actuación de sus soberanos. No trata con extensión esta cuestión, pero sí lo bastante para que podamos apreciar claramente el pensamiento del escritor aragonés. Las Naciones, según él, hacen sus Reyes perfectos o imperfectos, belicosos o amantes de la paz, las ciencias, las artes y las letras. Y en confirmación de ello, aduce cómo los Asirios y los Persas afeminaron a sus Reyes, y opone a éstos el austero ejemplo de los espartanos. (Observad lo que os decía hace un momento: sobrio, ceñido y claro en las pruebas que trae al texto; pero los hechos, siempre de resonancia universal, los saca de apartadas tierras: no hay fronteras para la avidez de su alma de filósofo).

* * *

Pero la base para ser un buen Jefe de Estado es tener grandes cualidades morales de hombre. Recordad lo que os decía en mi anterior conferencia, cosechándolo en las “Selvas del año”, otra de las obras de Gracián:

“Que importa poco la Imperial Corona
Si no es digna de Imperio la persona”.

Y abordando el estudio de las cualidades altísimas del Rey Católico, las arraiga Gracián en la Casa de Aragón, sentando la afirmación de que en esta dinastía, contrariamente a lo que ocurre en otras, “el último fué el mejor”—aquí podrán dividirse los autores; pero yo estoy exponiendo el pensamiento de Gracián.

Establece perfectamente—y en ello hemos de admirar la gran independencia de juicio del eximio jesuíta aragonés—, que teniendo los monarcas grandes cualidades y virtudes como hombres, pueden tener defectos de gran bulto como soberanos. Ejemplos de ello son el Rey de Aragón Don Ramiro, Don Ramiro II el Monje, y el “portugués Henrico”—“más para el Coro, que para el Trono”. (Pág. 414).—También ofrece la Historia Universal el tipo que consiste en poseer dotes perfectas de monarca y grandes máculas como hombre: tales fueron Alejandro el Magno y Julio César.

Esta parte de la obra resulta en verdad interesantísima, construyendo la doctrina de la posibilidad de llegar a un alto grado de perfección en los dos aspectos referidos. Precisamente, este es el sitio en que Baltasar Gracián asevera la superioridad de la Catolicidad sobre la Gentilidad: Teodosio sobre Trajano. Y San Luis, Rey de Francia, más tarde.—Y sosteniendo, como en toda la obra, el carácter filosófico, si habla de San Luis, es para recoger y esmaltar dos conceptos simbólicos, dos categorías ideológicas: la Santidad y la Realeza, diciendo: “No se embaraça lo Santo con lo Real”, atisbo trascendental de nuestro escritor, previniendo las eternas objeciones que pueda hacer tal o cual espíritu estrecho, calificando de incompatibles el ocupar las primeras magistraturas y el “honeste vivere”, extremo en que cayó, según antaño se decía en círculos de la Corte un cierto Ministro de la época de Isabel II, cuya monomanía era que ninguno que hubiese sido Ministro podía salvar su alma.....

Continúa la exposición y defensa de su doctrina, aportando los ejemplos históricos de los que no tuvieron ni el uno ni el otro género de méritos. Y así aplica con verdadero acierto lo que el cordobés Séneca dijo de Claudio, el emperador romano: “que nadie supo que avía dexado de ser, porque nadie supo que avía començado à ser”. Idem, eadem, ídem, de Carlos el Simple de Francia, a quien otras veces llama el Inepto, y otras el Incapaz, pobre Rey que aún vivía, y ya todo el mundo lo contaba con los difuntos: ¡maja manera de reinar! Y luego ataca con rudeza a

los Reyes feroces, cerrando valientemente nuestro *gran espiritua- lista—que eso es siempre, por dicha, nuestro Gracián—* en defensa de Séneca, el maestro del imperial incendiario. “Execrable por- tento fué Nerón, anfibio entre hombre y entre fiera: los seis pri- meros años compitió con el mejor Príncipe, y los seis últimos con el peor. Previno el Cielo vn Oráculo de prudencia, para Maes- tro de vn monstruo de maldad.....” Más no se rinde el moralista, y resueltamente asegura que sin tal preceptor aun hubiera sido cien veces peor el hijo de Agripina. Y bis a bis con él pone a He- liogábalo.

La gravísima trascendencia de los vicios y errores de los Reyes es también objeto de la atención del tratadista; y reparan- do en las censuras dirigidas a este Rey de su monografía, nos ad- vierte que los de fuera, los Extranjeros, le colgaban todo lo malo, y los Españoles le regateaban hasta sus dotes más notorias. Gra- cián cree que sus tachas, más que propias, eran de su tiempo, y le denomina “contemporizador”: achaque es de buen diplomático. En justa compensación a los ataques que se le asestan, hay que re- conocer su moderación. Habíanle precedido fastuosos derroches, y él supo contener esos excesos, predicando con Fray Ejemplo (como había de decir más adelante el Cardenal Cisneros, el glo- rioso Regente de su nieto D. Carlos). Cedamos la palabra a Gra- cián, que con una imagen exactísima, nos da la impresión de la realidad, con claridad meridiana: “Será siempre plausible—dice— su manga de terciopelo, y el jubón de raso de su Católica Reyna”. Es decir, no quiso dar jamás la pauta del lujo a sus vasallos, sino la de un decoro mesurado.

Después lo encomia como Caudillo, consejero de sí mismo, Juez, Ecónomo, y “hasta gran Prelado” (textual). *Pero sobre todo, fué gran Rey; este fué su mérito más relevante.* Y compa- rándole con otros insignes Reyes, encuentra en Don Fernando una suma de virtudes y excelencias que le constituyen en uno de aquellos soberanos, como Trajano y Carlo-Magno, que dividiendo sus grandes prendas “se pudieran hacer—habla Gracián—cien hombres famosos”. [Esta ley de ensalzar es por el estilo de aque- llo que predica Rafael Ubaldo Emerson, el representativo filósofo de Concord, de Goethe, el Gran Pagano; cuando dice de él: “No es un Poeta, sino centenares de poetas”. (Hombres simbólicos: Goethe, o el Escritor)]. Un César—sostiene Gracián—reunió en sí multitud de Dictadores, Varones Consulares, Tribunos, Censo-

res y Prefectos. Cierto: y quien redujo todo esto a una superior unidad, fué él.—En este orden de consideraciones subyuga la atención la vida ejemplarísima de Luis IX, más conocido por San Luis, Rey de Francia.

Y ahora permitidme una digresión: Decía no ha mucho, en los días solemnes de la Navidad pasada, Mosén Cruz Laplana, el obispo consagrado de Cuenca, desde el púlpito, que tanto ha honrado con su apostolado perseverante, de mi amada Parroquia de San Gil: “Nosotros no tenemos nada; solamente, tenemos el Tiempo”. Y añadía, como buen Prelado del siglo xx, que lo esencial era la Acción, recomendándola sobre la Meditación y la Contemplación; sólo con la Acción nos hacemos dignos del don de Tiempo que el Cielo nos otorga. Pues, bien; esta idea preside el desenvolvimiento de aquella vida tan alta; la de San Luis, Rey de Francia; la Religión no le quita el tiempo para la administración de justicia; la administración de justicia no le roba las horas que ha de dedicar al gobierno; el gobierno no le priva el prestar atención a la economía de su reino, ampliación inefable de su propia Casa Real. De esta suerte explana los méritos de San Luis, Gracián. Y con él, suscita a Carlo-Magno, que al tiempo mismo que batallaba, funda la Sorbona y el Parlamento de Francia.

¿No os invade, oyentes míos, una emoción ancestral, netamente española? ¡Los Reyes Católicos, radioso centro de la Vida Hispana! Oh, esto mismo son para nosotros, desde niños, los Reyes Católicos: están en la guerra de Granada, y ya turba su sueño la fiebre de Cristóbal Colón, que lleva unos mapas en las manos algo crispadas; pero antes, y siempre, los vemos sentarse en las salas de los castillos y municipios de esas simpatiquisimas ciudades castellanas—Segovia, Avila o Medina del Campo—, *tan vivas hoy en nuestro corazón*—, para oír a sus súbditos; y creando la Santa Hermandad; y pensando en los mercados y en los mercaderes, y en el bienestar material de todas las clases, brazos y estamentos al propio tiempo que en su interior disciplina espiritual, como en la ordenación y corrección de las costumbres en todos sus estados; y en la educación de los príncipes, lo mismo que en la mayor ventura de los españoles de tantos reinos recién casados..... En una palabra, reyes paternales, que son los que necesitan los pueblos; tan severos como queráis cuando haga falta, pero siempre henchidos de amor, que amor con amor se paga, y para pedir amor hay que empezar por amar.

Elogia a Don Fernando como “guardador” (después de las prodigalidades—como he dicho antes—de Don Juan II y Don Enrique IV). Y en este pasaje expone la teoría de la alternación (1): defiende Gracián ser ésta ventajosa para el regular equilibrio y ponderada marcha de los reinos, ya en el tiempo, ya en los modos de gobernar. En otra obra suya, en el “Oráculo”, que se hizo sacando numerosas máximas de sus obras, también leemos esta teoría: Dice que la alternación [o sea, la variedad] hermosea la naturaleza material, y *la sustenta*—[fijáos en la gráfica frase: “LA SUSTENTA”]—y agrega que aún es de mucho más valor en lo moral. *Este valor procede de que la Unidad en la Variedad, es la Harmonía*. Por ejemplo: En Portugal señala Gracián el caso de la suavidad del Rey D. Manuel (el del célebre estilo manuelino en Arte), suavidad que halla el pueblo lusitano más gustosa después de la dura mano del anterior Rey Don Juan. Podríamos poner otros ejemplos de variedades.

Otra de las eximias prendas del Rey Católico fué la prudencia. Al constatarlo nuestro Gracián, nos previene que ser prudente, no es ser astuto. Veréis por qué nos hace esta saludable advertencia. Seguidamente Gracián arremete contra el Vulgo: una cosa es ser sabio [él equipara a un político de primer orden con un sabio]: una cosa es ser sabio: y otra, ser engañoso. [Este es el pensamiento cardinal]. Don Fernando tuvo que negociar con Luis XI de Francia, con Luis Sforzia, con el Papa Alejandro VI, y a todos ganó en destreza política. Apuntemos de pasada la expresión tan española, tan popular, tan castiza (y reclamo para este adjetivo todas sus reales prerrogativas), *tan castiza*, con que Gracián indica el procedimiento de nuestro avisado monarca. “Dióles por su comer” es la frase que usa. Y en consonancia con tan favorables ideas respecto de los actos políticos de este rey, califica en esta forma su conducta: “La verdadera y magistral política fué la de Fernando, segura y firme, que no se resolvía en fantásticas quimeras; útil, pues *le rindió Reyno por año*”. Y esta otra adjetivación, que hemos de recordar más, porque es fundamental, y distingue a D. Fernando de todos los monarcas de la tierra, dándole un puesto preeminente entre todos ellos: “HONESTA [su Política] pues le mereció el blasón Católico”, esto es, el dictado de católico. En otro pasaje toca la cuestión de la verdad y la men-

(1) Cosa de verdadera importancia en un autor del siglo XVII, y que la tiene considerable para estudiar las fuentes filosóficas del federativismo actual.

tira que oyen los soberanos, acerca de sus propios hechos. Y nos dice que los Reyes no tienen espejo para lo moral, si no se lo industriar ellos. No era el Rey D. Fernando de los que se contentaban con el juicio y parecer de cualquier cortesano; “SOLIA EXAMINARSE DE REY — dice Gracián — descubriéndonos el aspecto que más simpático nos puede hacer a su Héroe: el que es el primero en una Nación, consciente y reflexivo, y *con la gloria de quererse tomar este trabajo*, cuando tan fácil le fuera hurtarse a él. Ahora cuenta Gracián con su gracia netamente aragonesa, sobria y sentenciosa, lo que aprovecha a los Reyes hablar alguna vez con gentes que no los conozcan; y lo hace en la persona del Rey Caballero, Francisco I de Francia, en el tan conocido episodio de su vida de recreo y deporte, en que yendo de caza, se pierde, y pasa la noche en la rústica vivienda de unos villanos (“en la casa de la sencillez”, escribe con su inimitable modo de decir las cosas el gran jesuíta aragonés.) No perdió Francisco I la noche, porque aquellos campesinos desengañaron al monarca francés, quitándole de los ojos la venda de la lisonja; y él mismo lo reconocía después, que había mudado de rumbo desde aquel providencial extravío.

Estas gentes sencillas, cuando de veras lo son, estas gentes sencillas que viven con Dios y la naturaleza cara a cara, en el monte, en el campo o en el mar, son los que sin literatura ni artificio pronuncian muchas veces las palabras vivas, plenas de emoción y de sentido, en las cuales vibra el alma del Universo... (Es todo aquello que yo tuve el honor de leer y comentar cuando dí en el Ateneo de esta ciudad, allá por los años de 1906, mi conferencia acerca de “El elogio de la Palabra, del poeta catalán Juan Maragall”). Corona el maestro Gracián la exaltación de las cualidades regias, realzando la personalidad de este Político Artista en el coro de los Reyes piadosos [va citando los principales; en este, y en los siguientes coros]; en el de los valerosos; en el de los Magnos; en el de los sabios; en el de los políticos; en el de los magnánimos (en este coro le pone entre Nino el Primero de Asiria, Jerjes el de Persia, Octaviano Augusto, y D. Alonso “el que ganó a Nápoles”); en el de los bien quistos (con Tito, “amor et deliciae generis humani”); en el de los felicísimos; en el de los justicieros (con Antíoco, Seleuco, D. Jaime II de Aragón y D. Alfonso XI de Castilla), derivando de tales premisas esta consecuencia: “Finalmente, en todos los Catálogos del aplauso, y de la fama, halló á nuestro *universal* Fernando, por Católico, Valeroso, Magná-

nimo, Político, Prudente, Sabio, Amado, Justiciero, Feliz y Universal Héroe. Otra vez “Universal”: esto es una verdadera obsesión en Gracián. (Es curioso este pasaje, porque resulta, *todo un repaso* de la nomenclatura real en la Historia Universal!) Empero, no dejará Gracián la pluma sin manifestar como el mayor acierto de D. Fernando el de “aver executado la yà superior, Divina elección (nuevamente y siempre la posición providencialista) de la Catholicísima Casa de Austria” (pág. 436), casando a su hija D.^a Juana con D. Felipe el Hermoso—esta elección que ha levantado tan furibundas controversias.. Y hay un elogio del Rey en que se ve al Gracián catedrático, y es este: “Fué Era de Políticos, y Fernando el Catedrático de Prima”, [el Maestro de ellos].

Afirma que Fernando poseía dotes extraordinarias; pero, además, *supo siempre aplicarlas*. Principalmente, fué muy avisado en ir acomodando su acción y sus empresas a las edades de su vida, método natural del Buen Exito. “Piden las edades sus empleos, compete el valor a la mocedad, y la prudencia a la vejez” (pág. 409). La más grande inspiración moral acompaña en esta parte de “El político D. Fernando” al artista filósofo. “Requieren las armas vn grano de temeridad, que no se encuaderna con la madurez”—añade aún—. Discurriendo en hermosas y atinadas observaciones, cuando por ensalzar la profesión de guerrear, observa que sirve para defender a los jóvenes (edad la más propia para el ejercicio militar—recordad la sentencia de Ovidio: Turpe senilis miles, turpe senilis amor—) de los excesos de las pasiones, y si esto no es menester, de la holgazanería. Y además condena que un Príncipe esté desprevenido, porque, para él, “vn Príncipe desarmado—son sus palabras—es un león muerto, a quien hasta las liebres insultan” (pág. 426).

Siempre es pedagogo, en todas sus obras, este acaudalado en ideas. Después, muy cuerdamente, señala cómo la senectud es la edad de promulgar leyes, de componer Repúblicas y establecer el Imperio. El, proclama la necesidad de que el Rey no descansa mucho tiempo, encadenando unas empresas con otras. Aquí está el bellissimo retrato de Julio César, que me recuerda lo que la crítica literaria moderna ha dicho de Heredia, el insigne poeta ibero-americano que adoptó el francés como su idioma poético: “Nadie como él para encerrar en un soneto la Historia de un Emperador o un Caudillo”. También es único para esto, en la prosa, nuestro estilista.

Buscad esta obra, y leedlo, este retrato, que sospecho no os pesará. Es aquel párrafo que empieza: “Nunca ha de vacar vn Rey.....”

Y pasa más adelante a comentar el comprobado hecho de que unas hazañas llaman a otras, y por esto dice de Carlos I, que iba a sus expediciones de Africa como una especie de vacaciones de sus contiendas religiosas y políticas de Europa.

También poseyó este instinto de la aplicación constante de sus facultades nuestro Rey Católico; y esto, y su perfecta penetración con la España de su tiempo, fué la clave de su triunfal reinado.

Dueño absoluto de nuestra curiosidad, y leyéndole cada vez con mayor complacencia, nos demuestra el autor que Don Fernando fué el soberano que España necesitaba en aquella sazón, y la Monarquía española proporcionada a lo que el Rey aragonés llevaba dentro (no como ocurrió a Carlos Manuel de Saboya, que no halló campo adecuado a sus ideales). Los Príncipes capaces y grandes, necesitan grandes Monarquías, y Don Fernando la halló, conmovida Europa por los grandes acontecimientos del siglo XV, en crecimiento el Renacimiento de lo clásico, a punto de acabarse la secular lucha de la Reconquista, y lleno él de ilusión como enamorado y como político cuando se unió en matrimonio con Doña Isabel.

Su eficaz aforismo de “Governar siempre a la ocasión”—que es, acaso, el principio fundamental de lo que ahora llamamos política oportunista—; este aforismo máximo de su política, fué la brújula que le llevó adonde quiso. La grandeza suya está en esto: en que “enriqueció a España temporal y espiritualmente”; *gozó de la perfecta comprensión de su Monarquía en su época.* “Llegó Fernando—escribe nuestro autor—a que conociese la Monarquía, que ella le había de menester a él, y no al contrario”—cláusulas, ésta y las que le siguen, repletas de observación psicológica—y por ellas llegamos a la convicción de cómo logró Don Fernando reinar en toda España, venciendo la repugnancia a acatarle hasta de los mismos castellanos; y esto, hasta después de muerta la inmortal compañera de vida y corona, que si el Rey Católico gustó entonces los ajenjos de los resquemores, mal cubiertos bajo las cortesanas formas de la envidia, todo lo pudo vencer, con la gracia de Dios, su grande ánimo; y sobre todos reinó, después de cuarenta años de hacérselos suyos.

Exponemos siempre las ideas del tratadista; y continuando en esta labor que nos hemos impuesto, vamos a ocuparnos ahora de la fuente real de las dotes maravillosas del Rey Don Fernando. Cierto que es difícil aprender a ser Rey; cierto que la educación de este monarca futuro se salió ya de lo corriente en príncipes; sitiado estuvo con su madre y seriamente amenazado de niño, pronto oyó el estruendo de las bombardas; pero algo más había en él: *que no cayó de joven en el empeño de singularizarse*, apartándose de todo lo anterior; oyó las advertencias de su padre, pero para formarse él a sí propio como gobernante y político. La época era de grandes empeños: era menester gran capacidad. Esta cualidad es lo que constituye, según Gracián, el “Primario Real constitutivo”. He aquí la medula de esta obra.

La capacidad... *Lo que “constituye personas”*—dice Gracián. Y cimenta y estabiliza toda su teoría, en firme basamento filosófico. Sólo el Príncipe de mucha capacidad es el Rey de verdadera sustancia: “*Nemo dat quod non habet*”—dijeron los latinos—. Don Fernando fué Príncipe capaz: abarcaba, comprendía, *entendía*... Renunciaba siempre a las empresas que Gracián, con justa frase, llama “de tema”, esto es, de porfía, de amor propio. Enumera cómo fué ganando los Reinos, *salvo Aragón, que heredó*, y en todos su inteligencia meridiana era numen, inspiración y guía. Adquirió “por dote el de Castilla, por valor el de Granada [cima venturosa de la Reconquista], por felicidad la India, por industria Nápoles, y por su grande capacidad, todos”.

Aquí, en esta parte, en que se estudia la capacidad y su adlátere la prudencia, está aquel curioso apunte de retrato de la reina Semíramis, “la que fundó a Babilonia”—dice Gracián—, y que tiene su interés.

¿Cuál era el *Deus ex machina*? ¿Cuál la portentosa u oculta fuerza que le valía tantos esplendores? Sencillamente, pero inmejorablemente, lo explica Baltasar Gracián: es que hacía “la guerra con pólvora sorda” [*algo de lo que han hecho en muchas ocasiones los hijos de la rubia Albión*]. Ahora cogía una ciudad, al año siguiente una isla en el Océano, al otro un Reino de la península nuestra; *pero sin avisar al enemigo*, sin despertar recelos en los vecinos o aliados, “*sin hacer del hacendado*”—concluye donosamente Gracián [esto es, sin alardear fatuamente de amo o señor].

No había que esperar de este filósofo tan artista que nos diera la figura del Rey aislada. Con él trata de la Corte, de la familia y de los ministros. Gracián señala como un mérito de Don Fernando que no estableciese permanentemente su corte en ninguna ciudad de España, por “no hazer cabeça una Nación, y pies otra”. Cuanto a la familia, al ponderar su invencible influencia en las decisiones reales, LA EGREGIA CONSORTE, queda magistralmente situada junto al esposo que tanto amó. No perdona el filosofar sobre lo que importa que una Reina dicte el Bien y la prudencia (1); y tiene el acierto supremo de hacer el elogio de la Reina Católica, indisolublemente con su regio marido. Dice—fijáos bien: “Cada vno de los dos era para hazer un siglo de oro, y vn Reynado felicíssimo, quanto más entrambos juntos”. (A la página 433)—. Y por lo que atañe a los ministros, la teoría de Gracián es teoría de responsabilidad real: los ministros son obra de la elección del Rey.

* * *

Con esta sola pincelada refleja el autor nuestro, el dolor que produjo la muerte del Rey Aragonés: “El día que murieron Fernando y Carlos, su gran nieto, lloró toda la Christiandad, alegróse toda la infidelidad, bolviéronse (sic) las vezes el día que perecieron Selím, y su hijo”.

* * *

No seré yo quien baje de esta honrosísima tribuna sin dedicar dos palabras al españolismo y aragonesismo que palpitan en esta obra. Lo primero es a todas luces evidente porque no hay hazaña inmortal y majestuosa de las muchas a que dió cima y renombre el Rey Católico, a la cual no enlace gozosísimamente Gracián el bendito nombre de España; lo segundo, el canto a Aragón (2); a la continua, en su alma, como en la nuestra, España y Aragón, viven vida de amor inquebrantable, sabiendo lo que son ambos: la madre sagrada y el hijo que la adora, desde que comenzó

(1) Estudia excelsamente la psicología de las pasiones de la mujer poderosa, dominadora y, por ende, con autoridad real.

(2) A la buena España, como escribe en “El Criticón” cuando Critilo y Andreño llegan a esta tierra de más frutos que flores.

a tener uso de razón. Su aragonesismo empieza por la cabeza de Aragón: su Casa Real, que dió en todo tiempo “Príncipes eminentes en el gobierno”. Pero esto como producto de la sociedad en que se criaban. “Cada vno de los Ricos Hombres de Aragón era espejo de su Rey, era un ayo exemplar de su Príncipe”. E imperialmente prorrumpo en este vitor de raza: “Nación al fin propia para oficina de heroycos Reyes”. Ved un aragonesismo fundamental por definición: así se encuentra él tan perfectamente dentro de un españolismo auténtico y edificante: CONSTRUCCIVO, como decimos ahora. — Este cariño de Gracián por su Aragón motiva que se acuerde con júbilo de que los Aragoneses no sólo reconquistaron “con tanta presteza”—dice—su suelo del poder de los Sarracenos, sino que les quedaron fuerzas sobrantes para ayudar a los otros pueblos cristianos de la Península. Y es que tuvieron Príncipes que no heredaban protocolariamente una corona, no: sino el valor, la sangre, los ideales, y *la inquebrantable confianza de vencer*; y Princesas como Santa Isabel, entre otras, la reina de Portugal, esposa de D. Dionisio, que “con su disciplina religiosa vencía la militar”. Pueblo como éste, es pueblo en que siempre hay que tener fe.

COROLARIO

Señores, oyentes míos: ¡Qué lección de Moral Política, esta obra! ¡Qué éxito tan rotundo de la enseñanza de la Historia Universal, que al permitir la comparación, permite el conocimiento!

Rey Aragonés que plasmas la Categoría Triunfal de los Reyes de las Españas, por esta *filosófica semblanza* te volvemos a ver los que no te alcanzamos en el tiempo, y asistimos a la formación de lo más preciado de nuestra alma. No nos impresionan bastante tus imperfecciones, predomina lo augusto de tu raigambre aragonesa, y la vemos con orgullo convertirse en algo, no ya sólo consustancial, sino central, en el desarrollo de España entera.

Por hoy, HE TERMINADO.

